

DE BUENAS LETRAS

La indiferencia

MIGUEL ARNAS CORONADO

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Me contaba un amigo filósofo, especialista en María Zambrano, la forma en la que leyó los siete tomos de 'A la búsqueda del tiempo perdido' en su juventud: viviendo en una Residencia de Estudiantes madrileña, se sacaba un sobresuelo dando clases particulares a cierta estudiante en la otra punta de Madrid. Debía, por tanto, tomar un autobús y pasar largo rato en él. Leer en un medio de transporte como ese es incómodo si uno viaja de pie: baches, frenazos, acelerones. Sentado es más cómodo. Doy fe de ello por cuanto he sido lector de metro en Barcelona. Pues bien, él subía al autobús cojeando y atravesaba el pasillo haciéndose el rengu por ver si alguien le cedía el asiento. Normalmente lo conseguía y podía leer cómodamente su Proust. Parece historia extraída de nuestra picaresca.

Mi hijo mayor, nacido en el año 74, tenía que viajar a menudo conmigo en el metro o autobús barceloneses. Le enseñé a ceder el asiento a personas mayores, cojos (entonces no se decía discapacitados) y señoras embarazadas o cargando bebés. Con cinco o seis

años, si podía sentarse lo hacía con la mirada atenta a cuantos subieran al transporte, y se levantaba apresuradamente ofreciendo su asiento a quien pudiera necesitarlo.

No solo quienes van absortos en el móvil, seres con quienes no se puede contar para nada, sino cualquiera que lleve la mirada perdida, ausente o vacía, joven o no tan joven, se abstendrá hoy de ofrecer su puesto a alguien en las circunstancias que antes detallaba. Ni siquiera se apartarán, como si el resto de la humanidad fuese transparente. Salvo excepciones, claro, que las hay. Si no las hubiera, tal vez me tentaría un suicidio colectivo.

¿Qué nos está pasando? Tal vez sea inexplorable que la ciudad cruel nos oprime tanto que si alguien recriminase, oiga, ¿no ve que hay personas a su alrededor?, el interrogado contestaría, ¿personas, dónde hay personas?, mirando inquisitivamente a su alrededor como si en lugar de hallarse en mitad de Puer-ta Real, estuviese en la isla de Robinson.

¿Es que nos ha atacado de pronto y masivamente una epidemia de egocentrismo o de ignorancia de la existencia ajena? Hay en-

fermos que, desgraciadamente, son incapaces de sentir empatía alguna con las personas que los rodean, pero no es el caso. El personal, generalmente, no padece enfermedad. Simplemente nos negamos a contemplar la existencia del otro. No somos capaces de distinguir la molestia ajena, y por eso podemos ver sin inmutarnos a un discapacitado, una embarazada o una anciana que apenas puede agarrarse a la barra de sujeción del autobús, sin pensar que ese asiento que ocupamos podría ser mucho más necesario para esa persona que para el yo. Para esas cosas hay psiquiatras. ¿Será la psiquiatría el oficio del futuro, mucho más que el de diseñador de página web?

Es evidente que, de inmediato, se piensa que la culpa es de la enseñanza, de la educación que imparten maestros y profesores de secundaria. No me imagino yo a esos profesionales poniéndole voluntad a demostrar a sus alumnos que los viejos o minusválidos merecen todo lo malo que les pase ¿Cómo podemos ser tan cínicos?, ¿cuándo hemos abandonado por completo la educación de nuestros hijos a la televisión o la calle? Cier-to compañero escuchó una conversación de progenitores diciendo: ¿yo?, ¡vamos!, si mi niño se pone malo, lo llevo al médico, ¿no?, pues si tiene un problema en la escuela, que lo solucionen los maestros. Ese problema gravísimo de nuestra sociedad no se soluciona con asignaturas sino con sociedad.

O acabaremos como en la novela de Bioy Casares, 'Diario de la guerra del cerdo', donde el objetivo de bandas y grupos de jóvenes son los viejos, a quienes golpean o matan sin motivo alguno, solo porque sobran, ya no son útiles.